

¿Cuándo Nos Daremos Por Vencidos?

Paul W. Trotzke



Durante más de una semana, día y noche, he estado observando. A través de un agujero en la escarcha que cubre mi ventana, procuro averiguar si acaso el termómetro se ha decidido a cambiar. Las noches ahora son muy largas aquí en Alaska, por lo cual busco mi pequeña linterna y dirijo sus rayos hacia el indicador de la temperatura para ver si acaso puedo anticiparme a un alivio al frío. ¡Consistentemente, ha marcado una temperatura entre - 35° y - 60° Fahrenheit! Llamo por teléfono a diferentes vecinos para preguntar qué les dice su indicador, y sólo logro confirmar lo que ya sé. Sigo escuchando lo mismo: “Hay mucho frío.” Lamentablemente, es obvio que estoy atrapado por ahora; parece que la aguja del termómetro se hubiera congelado en un solo punto. Me hace sentir atrapado, encerrado, preso, y simplemente atascado.

El perro negro del vecino ronda frente a mi puerta, buscando a través de la escarcha que cubre su cara, no comida, sino calor, y se echa en la alfombra de la puerta tratando de exprimir un poco de calor que haya quedado. Este pobrecito también se siente un tanto atrapado por el frío, por el invierno incambiable del subártico. ¡El hecho es que sí estamos atrapados aquí! Por más que yo revise el termómetro, el Sr. Invierno no apresura su retirada.

Son soportables las cosas cuando estoy confortable en mi casa, o bebo una taza de café caliente en la cocina de algún vecino amigable. Aunque las cosas estén muy frías afuera, aunque haya frío en la montaña y el río esté congelado, en este momento estoy caliente donde me encuentro. Sin embargo, es difícil hacer caso omiso de la sensación de estar atrapado y atascado, por lo menos hasta que el patrón del tiempo cambie. Por supuesto, sí cambiará, pero por ahora estoy hastiado de lo mismo.

Algunas personas le llaman a este sentimiento fiebre de cabaña. Otros, que se dejan abrumar, deciden ponerle fin a sus vidas. El índice del suicidio en Alaska sube durante los largos meses de oscuridad. Hay personas que prefieren no ver hacia adelante para darse cuenta que las cosas, con el pasar del tiempo, sí cambiarán. Si tan solo tuvieran paciencia para esperar en vez de darse por vendidos.

Con frecuencia nos sentimos atrapados, atascados en otras áreas de nuestras vidas. La condición general de nuestro país nos desanima. La declinación moral de la gente y de los gobiernos nos consterna. O, quizá, hemos sufrido un revés económico, una larga enfermedad, o aun la muerte de un ser querido. Posiblemente, no podemos ver el fin del túnel.

En el mundo religioso, muchas veces vemos tendencias que nos crean preocupación. O podremos estar desanimados porque un respetado líder espiritual o aun un amigo íntimo haya tomado mal camino en su búsqueda de nueva dirección para su vida. Tales combinaciones de sucesos negativos pueden provocar en nosotros los cristianos una lucha con los mismo sentimientos de estar atrapados, atascados, o abrumados.

Hace unos años hubo un devastador terremoto en Armenia. Este “acto de Dios” como lo llamaron aquellos que quisieron echarle la culpa a Él, tardó pocos minutos. Pero en este tiempcito murieron 30,000 personas. En medio de tal devastación, un padre, habiendo dejado a su esposa segura en la casa, fue a toda velocidad a la escuela donde en la mañana había dejado a su hijo. Encontró el edificio hecho un montón de escombros.

Después de la conmoción inicial que sufrió, el hombre se acordó de la promesa con que siempre se despedía de su hijo: “Pase lo que pase, siempre vendré por ti”. No pudo detener sus lágrimas mientras observaba el montón de ladrillo, piedra y madera debajo del cual su hijito estaba enterrado.

Hizo el esfuerzo de recordar el lugar donde había estado el aula de su hijo. Después de un rato, halló lo que creía era la clase de su niño y, teniendo presente la promesa con que se había despedido a su hijo, comenzó a excavar entre las ruinas, quitando piedra por piedra del gran montón. Otros padres se presentaron y contemplaban la escena trágica. No pudieron entender el esfuerzo que aquel padre estaba haciendo moviendo con sus manos, piedra por piedra, la montaña de escombros. Según ellos ya era demasiado tarde. No valía la pena trabajar ya que seguramente todos los niños estaban muertos. ¡Para qué sacrificarse en tan inútil esfuerzo! Mejor conformarse, consolarse e irse a casa. A cada persona que le habló, el padre le preguntó: “¿No me vas a ayudar?” Y siempre siguió la excavación.

Llegó el jefe de los bomberos, y le ordenó a retirarse porque él mismo se estaba exponiendo a gran peligro. En cualquier momento podría ocurrir una explosión o un incendio, pero el fiel y noble padre solamente le respondió: “¿No me vas a ayudar?”

Llegó la policía. Ellos intentaron persuadirle a desistir e irse a casa mientras llegara una cuadrilla a mover con palas y tractores el montón de escombros. Les hizo la misma pregunta: “¿Ustedes no me van a ayudar?” y siguió frenéticamente su trabajo.

Pasaron las horas, horas infructíferas, aparentemente malgastadas – 12 horas – 24 horas – 36 horas y, por fin, 38 horas. Al levantar otra gran piedra, oyó una vocecita. Era la de su hijo. Con toda la fuerza de sus pulmones, gritó el nombre de su hijo: “¡Armando!” La vocecita contestó: “Papaíto. Soy yo. Aquí estoy. Supe que usted vendría. Siempre les dije a los muchachos que no tuviéramos miedo porque sabía que si usted estuviera vivo, vendría a rescatarnos. Me acordé de su promesa: ‘Pase lo que pase, siempre vengo por ti’ y usted como en toda la vida, guardó su promesa”.

Catorce niños de los treintitrés que se encontraban en el aula estaban vivos. Estaban muy asustados, tenían mucha hambre y sed. ¡Qué exclamaciones de júbilo hubo por un noble padre que había cumplido su promesa! Al principio del terremoto, las vigas del techo cayeron de tal forma que formaron un refugio seguro para los niños durante el resto del terremoto.

Hemos sido llamados a ser sal para dar sabor, y luz para indicar la dirección. ¿Debemos dejar de quitar las columnas sólo porque nuestra cultura parece estar fuera de todo alcance, o porque los demás se muestran indiferentes? ¡Nunca!

Que Dios nos ayude a ser hallados fieles a la Gran Comisión que ha sido dada a todos los seguidores de Cristo. Si pasamos por alto este mandato de las Escrituras, ¿por qué no pasar por alto otros también? ¡Nunca deje usted que esto suceda! Quizá usted se encuentre tan solo a una columna de distancia de poder salvar a alguien.

Traducido de *The Missionary Herald*